CAPÍTULO XX

(1528—1530)

Llega Cortés á España. — Se aloja en el convento de Santa María de la Rábida. — Encuéntranse allí reunidos Cortés, Pizarro y Juan de Rada. — Enfermedad y muerte de Gonzalo de Sandoval. — Cortés emprende el viaje para el santuario de Guadalupe. — Curiosidad y admiración de la gente al paso de la comitiva de Cortés. — El duque de Medina Sidonia le recibe y obsequia en sus posesiones. — Llega Cortés á Guadalupe y encuentra allí á doña María de Mendoza. — Grande afecto de esta señora por Cortés; emprenden unidos el viaje á Toledo. — Llega Cortés á esa ciudad y salen á su encuentro multitud de personas de la nobleza y del pueblo. — Cortés se presenta á Carlos V. — Premios que se dan á sus servicios. — Es nombrado capitán general de la Nueva España. — No consigue el nombramiento de gobernador ó virey de la Nueva España. — Celebra capitulación con la emperatriz para descubrir y poblar las islas del mar del Sur. — Juan de Rada lleva al papa Clemente VII ricos presentes de parte de Hernán Cortés. — Bulas del Papa en favor de Cortés. — Recompensa que da á Juan de Rada por la misión que había llevado. — Segundo matrimonio de Cortés. — Determina regresar á Nueva España. — A pesar de la orden que tenía para esperar á la nueva Audiencia emprende su camino y llega á Veracruz. — Dificultades de Cortés con la Audiencia de México. — Llega Cortés á Tlaxcala y notifícanle cédula de la reina para que no entre en la ciudad. — Establece su residencia en Texcoco. — Desconfianzas é intrigas de los oidores. — Gran concurrencia en Texcoco de los amigos y parciales de Cortés — Fray Juan de Zumárraga interpone su valimiento en aquella crisis. — Padecimientos por la falta de víveres. — Llega á Veracruz la segunda Audiencia.

La llegada de Cortés á España produjo una verdadera sorpresa al emperador y á la corte.

Tanto habían escrito en su contra desde México, tan empeñosamente habían procurado en la metrópoli desacreditarle el obispo de Burgos y sus amigos y tan difícil parecía impedirle ya que se levantase contra el monarca español proclamándose soberano en México, que su arribo, cuando aun estaba para salir de España la primera Audiencia, á la que tan minuciosas instrucciones se daban y tan tímidamente se le aconsejaba lo que había de hacer al llegar á Veracruz, se consideró como un acontecimiento increible y maravilloso.

Desembarcó Cortés en el puerto de Palos el mes de mayo de 1528, después de cuarenta y un días de feliz navegación en la que no tocó puerto alguno ni en las islas ni en los continentes. La numerosa comitiva que acompañaba al conquistador de México no podía encontrar cómodo alojamiento en casa particular, y Cortés con cuantos le acompañaban fuese á posar en el convento de franciscanos en Santa María de la Rábida.

Por una misteriosa coincidencia llegó allí á esa sazón, con objeto de embarcarse para las Indias, el después tan famoso capitán Francisco Pizarro, conquistador del Perú.

Reuniéronse en aquel convento que había dado asilo á Cristóbal Colón, cuando llegando de Portugal iba á ofrecer un mundo nuevo á los Reyes Católicos, y encontró en aquellos tranquilos claustros aliento y consuelo en el generoso guardián fray Juan Pérez Marchena.

Alamán hace notar también en aquella reunión de Cortés y de Pizarro otra notable coincidencia. Entre la comitiva del conquistador de México que allí se encontró con Pizarro iba un hombre que, pasando los años, había de ser en el Perú uno de los más ardientes partidarios de los Almagros, jefe de la conspiración que se formó para vengar la muerte de don Diego y quitar la vida á Francisco de Pizarro. Este hombre se llamaba Juan de Rada ó de la Herrada, como le llamaba Bernal Díaz.

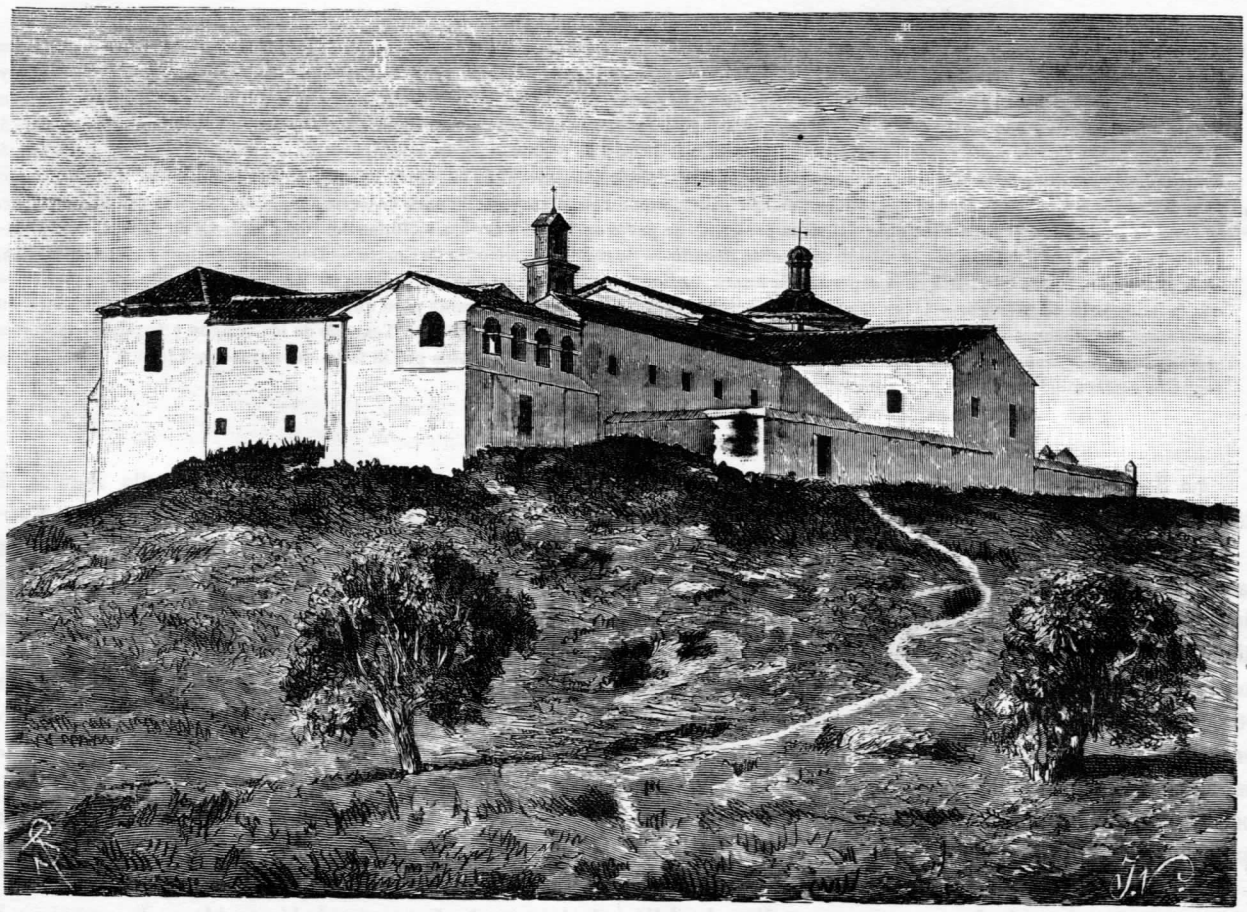
Un grave disgusto y una profunda pena tuvo que sufrir Hernán Cortés en los primeros días de su llegada á España. Gonzalo de Sandoval, el amigo más leal y desinteresado de cuantos había tenido en la conquista de Nueva España, el joven y esforzado capitán, tan franco, tan inteligente y tan humano en lo general con los vencidos, murió en el puerto de Palos, adonde por enfermedad quedó al desembarcar, no pudiendo seguir á Cortés á Santa María de la Rábida.

Estaba alojado Sandoval en la casa de un fabricante de jarcias y cables, y éste, viéndole enfermo é incapaz de defenderse, esperó el momento en que estuviese solo, alejando de allí mañosamente á las personas que acompañaban á Sandoval, y le robó á su vista trece barras de oro fugándose después para Portugal.

Cortés, noticioso de la gravedad de su amigo, llegó inmediatamente á visitarle y le acompañó hasta sus últimos momentos, quedando nombrado su albacea testamentario.

Fué Gonzalo de Sandoval uno de los más eficaces auxiliares de Cortés en la conquista de México; en las grandes dificultades que se presentaron por la rebelión de algunas provincias, casi siempre él consiguió volver á la paz á los insurrectos; en Tuxtepec dió muestras de gran benevolencia, y sólo en la pacificación de la provincia del Pánuco puede tachársele de haber ejercido terribles actos de crueldad. Su desinterés era proverbial y ninguna de las acusaciones de rapacidad ó de codicia que pesaron sobre otros capitanes manchó el nombre de Gonzalo de Sandoval. Como prudente en el consejo, fué superior á lo que podía esperarse de su edad, pues no contaba sino veintidos años cuando llegó á la Nueva España y treinta y uno cuando murió en el puerto de Palos.

Salió Cortés de la Rábida pasando primero por los estados del duque de Medina Sidonia, quien le recibió suntuosamente, regalándole unos magníficos caballos andaluces, y dirigióse en seguida al monasterio de Guadalupe, sin duda para cumplir alguna promesa ó voto religioso, y allí encontró á doña María de Mendoza, mujer del comendador mayor de Leon, don Francisco de



Vista del convento de Santa María de la Rábida

los Cobos, uno de los mayores privados del emperador.

Por todo el camino había sido Cortés objeto de la más ardiente curiosidad y de las más entusiastas manifestaciones de aprecio y consideración. Desde lejanos pueblos llegaban multitud de personas sólo por conocerle y ver desfilar su comitiva que, á semejanza de las que acompañaban á los monarcas de las Indias Orientales, excitaba la admiración por el número de personas que la componían, por la riqueza, novedad y bizarría de los trajes, por los animales extraños y desconocidos que llevaba, y por la significación que en Europa tenían aquellos hombres, representantes de un mundo y de una raza hasta entonces ignorada y sometidos á la corona de España por el esfuerzo y audacia de Hernán Cortés.

Doña María de Mendoza, prendada de la galantería y liberalidad de Cortés, que á ella y á las señoras que la acompañaban hizo magníficos regalos, escribió á la corte, que estaba entonces en Toledo, ponderando el carácter y las hazañas del conquistador de México y preparándole con esto el recibimiento más solemne y pomposo.

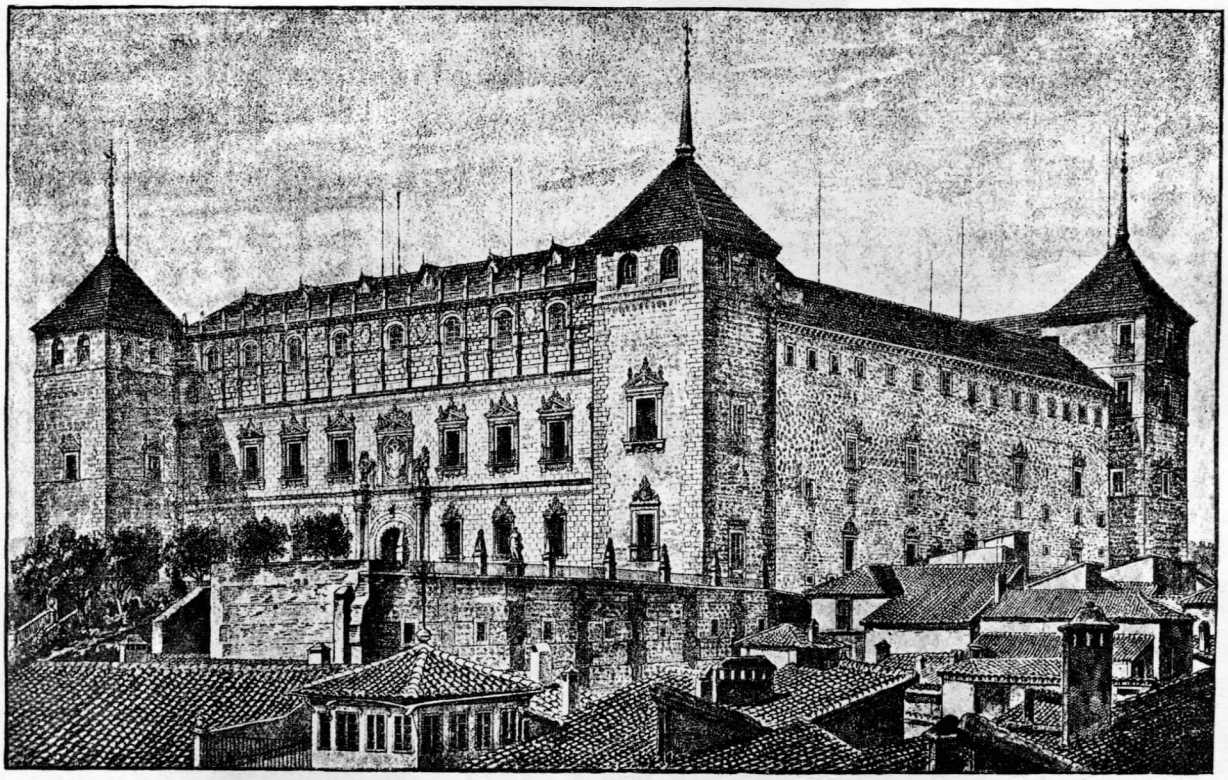
Salió Cortés de la villa de Guadalupe acompañando á doña María de Mendoza y á las damas de su comitiva, y sirviéndolas en el camino con tanta cortesanía y esplendidez, que se cree fundadamente que doña María de Mendoza, sabiendo que Cortés era viudo, trató de casarle con una hermana suya, y quizá se hubiera arreglado ese matrimonio si Cortés no hubiera ya tenido

el compromiso anterior y formal de unirse con doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar don Carlos Ramírez de Arellano, y sobrina de don Álvaro de Zúñiga, duque de Béjar.

Llegó Cortés á Toledo y salieron á encontrarle el duque de Béjar, el conde de Aguilar y muchos grandes señores de la corte, seguidos de multitud de gentes del pueblo que, formándole lucido acompañamiento, le llevaron hasta la posada que le había mandado señalar el emperador.

Carlos V había ya manifestado grandes deseos de conocer á Cortés, y por eso sin hacerle esperar recibióle en audiencia al siguiente día de su llegada. Presentóse Cortés al emperador acompañado del almirante Colón, del duque de Béjar y del comendador mayor Francisco de los Cobos; arrodillóse delante de Carlos V, levantóle éste benignamente dándole licencia para hablar, y el Conquistador enumeró rápidamente sus servicios, las conquistas que había hecho y las intrigas y tramas que sus enemigos y envidiosos habían urdido contra él en México, concluyendo con presentarle un memorial en que más extensamente constaba cuanto había dicho de palabra.

Con muestras de agrado escuchó Carlos V la



Alcázar de Toledo

relación y recibió el memorial, prometiéndole premiar tan grandes servicios y acudir con el remedio á los desafueros de que se quejaba.

Durante el tiempo que Cortés estuvo en España, el emperador le dió grandes pruebas de consideración y de cariño, llegando al extremo de haber ido á visitarle á su alojamiento, acompañado de toda la grandeza del reino, con motivo de la peligrosa enfermedad de que adoleció pocos días después de haber llegado á Toledo, siendo esto muestra de tan notable y señalada distinción que, no sólo en la corte, sino en todo el reino, se tuvo por muy alto y singularísimo favor.

En otra ocasión refiere Bernal Díaz, que asistiendo á misa el emperador con toda su corte, llegó Hernán Cortés á la iglesia cuando estaban ya todos los asistentes colocados, y Carlos V le hizo pasar por delante de todos los señores á tomar asiento al lado del conde de Nassau, que era el que más inmediato se encontraba al monarca, causando esto grandes celos entre todos los principales señores y grandes dignatarios del imperio.

Ya Cortés tenía concedidos por el emperador el tratamiento de Don y un escudo de armas cuya descripción consta en la cédula dada por Carlos V en Madrid el 7 de marzo de 1525 [1].

[1] «Podais tener y traer por vuestras armas propias y conocidas, un escudo que en el medio dél, á la mano derecha, en la parte de arriba haya una águila negra de dos cabezas en campo blanco, que son las armas de nuestro imperio; y en la otra mitad del dicho medio escudo, á la parte de abajo, un leon dorado en campo colorado, en memoria que vos, el dicho Hernando Cortés, y por vuestra industria y esfuerzo trujistes las cosas al estado arriba dicho; y en la meitad del otro medio escudo de la mano izquierda, á la parte de arriba, tres coronas de oro en campo negro, la una sobre las dos,

Por entonces el conquistador de México, por varias cédulas fechadas en 6 de julio en Barcelona, recibió muchas gracias y recompensas del monarca español. Diósele el título de marqués del Valle, nombrósele capitán general de la Nueva España y, además, de la costa del mar del Sur; expidiósele carta merced de veintitres mil vasallos; concediéronsele dos peñoles, el de Jico y el de Tepetpulco, como lugares de recreo; y confirmósele la propiedad de los dos palacios de Moteczuma en México, que son hoy el Monte de Piedad y el

Carlos I de España, V de Alemania

Palacio del Gobierno, y de unas tierras cerca de la capital, en la Tlaxpana, que tuvieron después el nombre de Rancho de los Tepetates.

La cédula en que se le concedieron los veintitres mil vasallos enumera los pueblos que Cortés señaló como más de su agrado, y aunque los nombres están en gran

en memoria de tres señores de la gran cibdad de Tenustitán y sus provincias que vos vencisteis, que fué el primero Motecsuma, que fué muerto por los indios teniéndole vos preso, Cuetaoazin, su hermano, que sucedió en el señorio y se reveló contra nos y os hechó de la cibdad, y el otro que sucedió en el dicho señorio, Cuauctemuzin, y sostuvo la dicha rebelion hasta que vos le vencisteis y prendisteis; y en la otra mitad del dicho medio escudo de la mano izquierda, á la parte de abajo, podais traer la cibdad de Tenustitán, armada sobre agua, en memoria que por fuerza de armas la ganastes y sugetastes á nuestro señorio; y por orla de dicho escudo en campo amarillo siete capitanes y señores de siete provincias y poblaciones questan en la laguna y en torno della que se revelaron contra Nos, y los vencistes y prendistes en la dicha cibdad de Tenustitán, apresionados y atados con una cadena que se venga á cerrar con un candado debajo del dicho escudo, y encima dél un yelmo cerrado con un timbre en un escudo tal como este.»

manera equivocados, sin embargo, de muchos de ellos puede saberse cuáles son [1].

Cortés acompañó hasta Barcelona á Carlos V, que se dirigía á Italia á recibir en Roma la corona imperial, y alcanzó todas esas mercedes; pero por grandes esfuerzos que él y sus amigos hicieron, el emperador se negó á nombrarle virey ó gobernador de la Nueva España. Esta resistencia de Carlos V puede atribuirse, bien á que el emperador creyó peligroso acumular tanto poder en manos de un solo hombre, ó bien á que, como indica

Doña Isabel de Portugal, esposa de Carlos V

Bernal Díaz del Castillo, las distinciones y favores que el monarca le había dispensado hicieron que tan alto y tan poderoso se creyese, que mirando con poca consideración á los que le habían favorecido, se concitase enemigos poderosos que se opusieran á muchos de sus proyectos y sobre todo á sus pretensiones al gobierno de México.

Ausente ya Carlos V, Cortés celebró con fecha 27 de octubre de 1529 una capitulación con la emperatriz y reina gobernadora para el descubrimiento, conquista y población de las islas del mar del Sur, en la cual se le

[1] En todas las ediciones de esta cédula están muy corrompidos los nombres de los pueblos, que son estos: «Coyoacan, Tacubaya, Matlalcingo, Toluca, Calimaya, Cuernavaca, Huastepec, Ayacapixtla, Yautepec, Tepoxtlan, Oaxaca, Cuilapa, Etla, Texquilavaco, (quizá lo que hoy se llama Tecomavaca), Tehuantepec, Jalapa, (de Oaxaca), Ixtaltepec, *Atroyatan*, (quizá es Huaxontán), Cotaxtla, Tuxtla, Tepeaca, Ixcalpan, que se llamó la Rinconada.» Cédula fecha en Barcelona 6 de julio de 1529. *Cedulario de Puga*, tomo I, pág. 129.

concedía el gobierno vitalicio y además la dozava parte de lo que descubriese para él y sus herederos.

Gobernaba la Iglesia católica el papa Clemente VII, y Cortés le envió desde España con Juan de la Herrada ó Juan de Rada, ricos presentes y dos indios diestros en jugar con los piés un madero torneado; el pontífice recibió benignamente á Juan de Rada y escuchó la relación que tanto de palabra como por escrito se le hizo de todos los méritos de Cortés y de lo mucho que había alcanzado en favor de la fe católica con el descubrimiento y conquista de tantos pueblos idólatras, y concedió muchas indulgencias á los conquistadores y tres

Escudo de armas de Hernán Cortés

bulas para Cortes, dándole por la una el patronato del Hospital de la Purísima Concepción de México y demás iglesias y hospitales que fundase, y los diezmos y primicias de las tierras de que le había hecho merced Carlos V; por otra, concediendo diversas gracias al Hospital de Jesús y á su iglesia, y legitimando por la tercera á los hijos naturales que Cortés había tenido en diversas mujeres.

A Juan de Rada le hizo el Papa, según Bernal Díaz, conde Palatino, le dió una cantidad de ducados para los gastos de su viaje y una carta de recomendación para el emperador, á fin de que le hiciese capitán y le diese buenas encomiendas de indios [1].

[1] «Y para que bien entiendan los curiosos lectores (dice Bernal Díaz) quien es este Juan de Rada, fué un buen soldado que hubo ido en nuestra compañía á las Honduras cuando fué Cortés; y despues que vino de Roma fué al Perú y le dejó Don Diego de Almagro por ayo de su hijo D. Diego el mozo; y este fué tan privado de D. Diego de Almagro, e fué el capitan de los que mataron á D. Francisco Pizarro el viejo y despues maese de campo de Almagro el mozo.»

Alcanzadas todas estas mercedes y casado ya con doña Juana de Zúñiga, determinó Cortés, después de dos años de residencia en España, regresar á México, y emprendió su viaje sin atender á la orden que se le dió para esperar á la nueva Audiencia, embarcándose en Sanlúcar de Barrameda en unión de su esposa, su madre y una numerosa comitiva en la que se contaban el confesor de Cortés fray Juan de Leguízamo, mercedario, con doce religiosos de su orden y unas beatas franciscanas que iban también, como los mercedarios, á fundar convento en Nueva España. Detúvose Cortés dos meses y medio en Santo Domingo de la Española en espera de la Audiencia, pero pasando los días sin que hubiera noticia de la llegada de los oidores, continuó su viaje y desembarcó en Veracruz en 15 de julio de 1530.

La noticia del regreso de Cortés, de quien se contaba que tan grandes favores y tan alto valimiento alcanzado había del emperador, llenó de alarma y desconfianza á los oidores que habían quedado gobernando en México, tanto más cuanto que Cortés llegó á Veracruz con grande aparato, causando alboroto, haciendo pregonar su provisión de capitán general y levantando una horca en uno de los pueblos que le estaban señalados por vasallos, como para indicar la toma de posesión [1].

Los oidores desaprobaron lo ejecutado por Cortés, y despacharon á Pablo Mejía, alcalde de Veracruz, con encargo de anular aquellos actos haciendo derribar la horca y castigando á los alcaldes y regidores que habían permitido pregonar la provisión del rey nombrando á Cortés marqués del Valle, por haberse ejecutado todo eso sin permiso de la Audiencia de México.

Cortés se sometió á lo dispuesto por los oidores; pero la desconfianza de éstos era cada vez mayor, porque de México y de muchas partes de la Nueva España llegaban multitud de personas á visitar al Conquistador, no sólo por amistad y para darle la bienvenida, sino también para quejarse de los malos tratamientos, crueldades y robos de Nuño de Guzmán y de sus compañeros, y esperando remedio y satisfacción con la vuelta de Cortés y con las noticias que éste publicaba de la venida de la nueva Audiencia. Llegó Cortés hasta Tlaxcala, mientras los oidores hacían en México grandes preparativos de defensa, aprestando la artillería, reuniendo tropas y fortificando la ciudad como si esperasen un asalto y meditando prender á Cortés y reembarcarle para España como alborotador y sedicioso.

Afortunadamente, para calmar los temores de la Audiencia, llegó una cédula de la reina gobernadora por la que se prohibía á Cortés y á su mujer entrar en la ciudad de México ni acercarse á ella diez leguas en derredor. Dice esa cédula: «La Reyna. Don Hernando Cortés, marqués del Valle, pariente: porque por causas

[1] Esto parece que aconteció en el pueblo de la Rinconada.

cumplideras á nuestro servicio y á la ejecucion de la nuestra justicia abemos acordado de mandar proveer de nuevo presidente e oidores para la Audiencia Real de esa Nueva España, y en tanto que llegan, podrian traer algun inconveniente vuestra entrada y de la Marquesa vuestra mujer, en México; por ende yo vos mando que entretanto, y fasta que, como dicho es, el dicho nuestro Presidente y algunos oidores que de nuevo abemos mandado proveer llegan á esa tierra, vos ni la Marquesa vuestra mujer no entreis en la ciudad de México, ni os llegueis á ella con diez leguas en derredor, so pena de la Nuestra merced e de diez mil castellanos para la nuestra cámara e fisco; e de como esta mi cédula os fuere notificada e la cumpliéredes, mando á qualquier escribano, que para esto fuere llamado, que dé ende al que vos la mostrare testimonio signado con su signo, porque yo sepa como se cumple mi mandado. Fecha en Torre de Laguna, á veinte e dos dias de Marzo de mil e quinientos e treinta años.— Yo la Reina.»

Esta cédula, que según Torquemada encontraron los oidores violando la correspondencia que llegaba de la corte, fué notificada á Cortés en Tlaxcala á 9 de agosto de 1530 por el escribano Juan Sánchez, en presencia del comendador Diego Hernández de Proaño, alguacil mayor de la ciudad de México. Cortés dijo que obedecería, y sin embargo, siguió su camino hasta Texcoco, que dista menos de diez leguas de la capital.

En pocos días esa ciudad se convirtió en una segunda capital y más importante que México, por el número y calidad de las personas que de todas partes llegaban á visitar á Cortés. En vano los oidores prohibieron aquellas visitas, en vano hicieron pregonar terribles castigos contra los que fueran á Texcoco, llevasen allí víveres ó en alguna manera manifestasen sus simpatías por Cortés. Burlando todas aquellas prohibiciones, viejos conquistadores, ricos españoles de las provincias, señores y caciques de la tierra llegaban cada día á Texcoco, y el séquito de Hernán Cortés, á despecho de los oidores, era más lucido y numeroso que el de la Audiencia; que los gobiernos, por grandes que sean su fuerza y su despotismo, son impotentes para contener ese torrente incontrastable que se llama la opinión pública.

Poderoso auxiliar fué también para la conservación de la paz en aquellas críticas circunstancias el obispo de México fray Juan de Zumárraga, que constantemente aconsejando la prudencia á los oidores, consiguió hacerles retirar sus bélicos aprestos, en espera de la llegada de la nueva Audiencia, á lo que accedieron no sin dificultad Matienzo y Delgadillo, con la esperanza de que el rey sólo enviaría un presidente y dos oidores para integrar la Audiencia y ellos continuarían tranquilos en sus oficios.

Pero la situación de Cortés en Texcoco era comprometida; la gran concurrencia de personas y la aglomeración de caballos y mulas produjo gran escasez de víveres, y agregado á esto el empeño de los oidores para impedir la provisión de víveres y forrajes, dió por resultado que la ciudad, pequeña y de escasos recursos, no pudiese proporcionar los mantenimientos necesarios, y el hambre comenzó á hacer estragos, á pesar de que algunos indios amigos de Cortés recurrían allí, llevándole semillas, legumbres y gallinas.

Cortés pinta su situación en una carta que de Texcoco escribió al emperador el mes de octubre de 1530: «Me han dejado (dice) sin tener de donde haya una hanega de pan ni otra cosa de que me mantenga, y demás desto por los naturales de la tierra, con el amor que siempre me han tenido, vista mi necesidad e que yo e los que con migo traia nos moríamos de hambre, como de hecho se han muerto mas de cien personas de las que en mi compañia traje, por falta de refrigerios y necesidades de proviciones, me venian á ver y me proveian de algunas cosas de bastimento, enviaban los dichos oidores alguaciles á prehender á los dichos naturales que con migo estaban, á fin de que no me proveyesen e se les diese á entender que yo no era parte para nada en la tierra. [1] »

Terminó así el año de 1530 y á zanjar todas aquellas dificultades en los primeros días de enero de 1531 llegaron á Veracruz los oidores de la nueva Audiencia, poniendo término con su venida á las angustias de Cortés y á los tortuosos manejos de los oidores de la primera Audiencia.

[1] En el memorial que con instrucción dada por el marqués del Valle y en nombre de él presentó al emperador el año de 1532, dice: «Item: que al tiempo que llegó á la Nueva España cuando Vuestra Magestad le mandó volver á ella con título de marqués e capitan general, le fueron fechos en desembarcando muchos agravios e estorciones por los dichos Licenciados Matienzo y Delgadillo, oidores y prohivieron á los indios naturales que no le viesen ni hablasen ni le truxiesen bastimentos al camino, lo cual fué cabsa de le poner en gran necesidad, e que padeciese mucha hambre él y la gente que con él iba, de cuya cabsa murieron mas de doscientas personas de las que con el dicho marques iban, entre las cuales murió Doña Catalina Pizarro de Altamirano, madre del dicho marques.»

Como es de suponerse hay muy grande exageración en esto que refiere el licenciado Núñez.